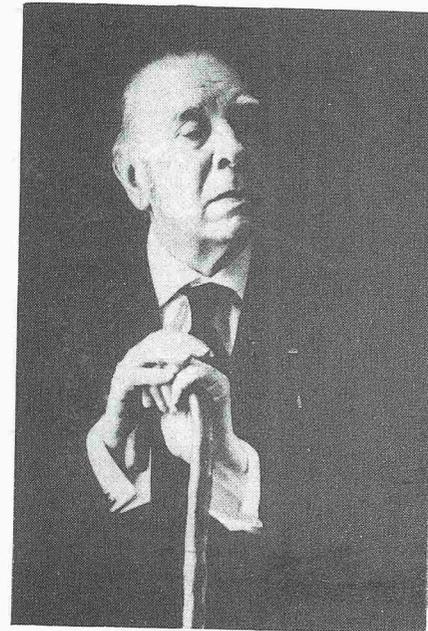


ALEPH  
GRUPO INTERUNIVERSITARIO  
DE  
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

NÚMERO 3 :  
(marzo 1989)

**HOMENAJE A JORGE LUIS BORGES  
(1899 - 1986)**

JORNADA del 21 de marzo de 1987



organizada con el apoyo de la  
**EMBAJADA de la REPÚBLICA ARGENTINA**  
y de  
**FONDO NACIONAL DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA BELGA**

Inés MALINOW -

PANORAMA DE LA LITERATURA ARGENTINA MODERNA

Para citar este artículo: Malinow, Inés. "Panorama de la Literatura Argentina Moderna". *Homenaje a Jorge Luis Borges*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 3, De Paepe, C. (ed.). 1987, pp. 15-32. ISSN 1784-5114.

Disponible en: [http://ahbx.eu/ahbx/?page\\_id=7464](http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464)

Una historia de la literatura actual, vale decir mencionar los nombres de los autores más leídos en los últimos decenios, podría surgir tanto de la comparación de los textos habituales manejados en los colegios secundarios al tipo de los de Roberto F. Giusti, Mazzei o Bastianini - responsables de "Historias de la Literatura argentina" de gran difusión - como de la lista más cuestionable emanada de diversas antologías - y cuando digo cuestionables me refiero a que las antologías casi siempre son el resultado de grupos de amigos para los cuales la objetividad no existe sino apenas -. Pero no sé si obtendríamos así una historia de lo que ocurrió en el Plata desde los años 50, amén de traer la importancia de Roberto Arlt y la finura poética de Enrique Banchs, casi olvidada. Entonces, y para ser acusada inevitable y merecidamente de parcial - alguien dijo que la objetividad es una máscara presuntuosa de la subjetividad - voy a referirme a las lecturas e influencias que recibí mientras cursaba mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y de lo que les ocurría paralelamente a centenares de jóvenes durante esos años. Ante todo, debo señalar que el centralismo de Buenos Aires y literatura argentina es lo que se edita en Buenos Aires, autores argentinos son los que se leen y comentan en los círculos más o menos cerrados de la capital aunque hubo algunos, como Leopoldo Lugones, que nació en Córdoba pero que desde los 22 años se trasladó a Buenos Aires. Y si constitucionalmente el país es un federalismo, para todo aquel que quiere escribir es absoluta y cerradamente unitario. El grito para el que desea publicar es "Buenos Aires o nada".

Las lecturas formativas de los jóvenes argentinos suelen ser, me atrevo a decirlo, principalmente europeas. Antes de los 20 años se lee a Romain Rolland, a Martin du Gard, a Wasserman, a Thomas Mann, a Stephan Zweig, a Gide. Los amores de Victoria Ocampo y su editorial Sur por los

autores ingleses impuso entusiasmos con Virginia Woolf y Rosamond Lehman, coincidentes con lecturas de Aldous Huxley y la serie de autores norteamericanos Dos Passos, Steinbeck, Rice, Thornton Wilder. La juventud manejaba las editoriales chilenas y la revista Leoplán, ediciones siempre piratas de Sommerset Maugham, Kipling, Thackeray y muchos otros. La visión que se recibía del mundo no era la del país sino la de Europa, para llegar a la propia identidad hubo que esperar a los años 60-70 cuando comenzaron a leerse autores argentinos. Pero el colegio secundario proveía a los jóvenes de una pequeña formación clásica, algo de Lope de Vega, Cervantes, los poetas líricos como Garcilaso, Fray Luis de León y una buena cantidad de la generación española del 98. Sin embargo, en lo cotidiano no nos entendíamos con los españoles pues habíamos leído a Fray Bartolomé de las Casas y nos había impresionado profundamente su "leyenda negra". Autores argentinos formativos como Sarmiento, Mitre-sus historias-eran frecuentadas por algunos, esto era casi excepcional aunque nos reíamos mucho con "Juvenilia" de Cané y un montonazo con Fray Mocho y Payró. Nos disgustaba la seriedad trágica de Florencio Sánchez y Evaristo Cariego nos hacía lagrimear. Eso era todo. Eramos americanos y argentinos, no sabíamos muy bien qué significaba eso. Investigar el ser nacional, nuestras raíces era pensar como los fascistas, éramos amplios universales, europeos distraídos de un origen que no necesitábamos demasiado. Fue cuando cursé el primer año de la Facultad de Filosofía y Letras, que empecé a leer a autores argentinos. Por ese entonces conocí a una escritora joven, Estela Canto, que era amiga personal de Adolfito Bioy Casares y de Silvina Ocampo, su mujer, quien me explicó, ante mi requerimiento, cómo se escribía una novela. "Es muy sencillo, sacás punta a tus lápices y mientras hacs cualquier otra cosa, mientras hierven las papas, por ejemplo, escribís en un cuaderno todo lo que se te pase por la cabeza". No era un mal consejo, sólo que no lo seguí

porque en esa época estaba dominada por la pasión de los hai ku y me bastaba una línea de 17 sílabas para componer un poema que yo reputaba por bueno y 17 sílabas era mucho y todo. Fue la época en que empezamos a leer, con otros jóvenes argentinos, desesperadamente, sin respiro, sin tener ninguna otra cosa en la cabeza que no fuera la lectura - corrían los años 40. En una librería que quedaba en la calle Santa Fe descubrí a Mallea, a su conmovedora La ciudad junto al río inmóvil. Lo que más me sorprendía de Eduardo Mallea, tan poco leído en la actualidad, era que sus personajes hablaban en "argentino". Era un estilo ampuloso, seriesote, imponente, de párrafos caudalosos. Pero ese hombre de La ciudad junto al río inmóvil amaba, vivía, sufría el ser argentino, descubría calles porteñas, personalidades que aunque acartonadas, podrían pasar a mi lado, en la calle. Fue una revelación. Cada vez visitaba la librería de Castiñeira de Dios y le compraba todo que podía: docenas de libros argentinos, los había en poesía, en prosa. Odiábamos a Rubén Darío porque escribía con versos escandidos, lustrados, torres de mármol que nos desagradaban. Le habíamos jurado la guerra al soneto por eso que Banchs no nos emocionó demasiado, pero al poco tiempo fue al revés, con la inconsistencia partidaria del maniqueísmo, dijimos qué maravilla el endecasílabo, y el mismo Darío nos pareció brillante en su perfección expresiva. Hallamos a los uruguayos grandilocuentes, Herrera y Ressig, Sabat Ercasty, a las mujeres nos emocionaban Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou ni qué decir, la conocí en su casa de Pocitos, cerca de Montevideo, los ojos negrísimo, las manos húmedas de fiebre. Había muerto hacía algunos años Alfonsina Storni, era valiente, era distinta, la queríamos, Cecilia Meireles la brasileña nos llegaba en traducciones, Gabriela Mistral ya tomaba a los niños en rondas con su Premio Nobel, Vicente Huidobro era emocionante, extenso, nos trajo a Pablo Neruda de la mano. Fue la admiración por Neruda, los argentinos sabíamos sus "20 poemas de amor y

una canción desesperada" de memoria y ¿quién no tuvo un novio o una novia para decirle : " Te recuerdo como eras en el último otoño" ? Las multitudes escuchaban la lectura de sus poemas en los salones del Príncipe George en la calle Sarmiento. Fue el momento de la poesía sin rima, por eso que Alberto Girri, admirador de la poesía inglesa, escribía poemas cuyos versos se raspaban entre sí, ese prosaísmo lo distinguía de los otros y nos sorprendía. Empezamos, los poetas, a tener miedo de escribir bien, de escribir armoniosa e ingenuamente con palabras "peinadas" como decía Dante Alighieri. Fue el momento de César Vallejo, toda la Argentina lo amaba y quién no podía recitar, al menos mal : "Hay golpes en la vida, yo no sé". Se hablaba del Cholo Vallejo como de un amigo y se decía como él : "Me viene, hay días una gana ubérrima, política, de querer".

En 1940 y sus alrededores, repito, Buenos Aires había acogido a los refugiados españoles, los que la Guerra de España había llevado a nuestras costas.

De las polémicas de Florida y Boedo no nos habíamos enterado sino de una manera libresca, todavía se encontraba en alguna librería de viejo, a la salida de los cines en Corrientes, ejemplares de la revista Martín Fierro, pero ni Carriego y su grupo, ni Gironde y el suyo nos tocaban demasiado. Lo que sí nos tocó, y no sé si se ha escrito, fue la serie de libros y de revistas que sacaban los intelectuales españoles radicados después de la Guerra Civil en la Argentina. Fue el momento de la editorial Emecé, fue el momento del periódico La Gaceta Literaria, fueron los nombres de Gonzalo Losada, fue el momento de Fondo de Cultura, fue el momento de Ramiro de Maeztu, de Gómez de la Serna, de Rafael Alberti y de María Teresa León, de Juan Ramón Jiménez que visitó la Argentina, de Ortega y Gasset, de León Felipe a quien recitábamos con voz vibrante. Fue el gran descubrimiento de Miguel Hernández cuyo "Viento del pueblo" se leía en voz alta en los cafés que rodeaban la

facultad, cafés como el Jockey Club o el Bar Florida, adonde nos llamaban por teléfono. Formábamos grupos y a nuestras mesas se sentaban nuestros compañeros, el tímido Héctor Álvarez Murena, que luego desde la tribuna de la revista "Sur" sería una de las plumas más importantes de la Argentina de los años 50. Todos fuimos entonces grandes lectores de Rainer Maria Rilke, dado como texto en los cursos de Literatura germánica del profesor Probst. "Las cartas a un joven poeta", recomendadas a los estudiantes por Angel J. Battistessa fue una biblia de bolsillo, y todos nos repetíamos "Si en lo profundo de la noche debes preguntarte si puedes vivir sin escribir ¿qué responderías ?." El poema del corneta Cristóbal Rilke nos llenó de belleza y todos quisimos morir llevando una rosa en el pecho. Era la anécdota, era la lectura compartida. Era el momento de encontrarse a Jorge Luis Borges en todas partes, amigo de todos, humilde expositor en "El Colegio Libre de Estudios Superiores", denominado por algunos sociólogos en ciernes, "El colegio esclavo de estudios inferiores". Pero sólo bromas de mal gusto, fue allí donde unas veinte personas elegidas - una de ellas era la madre de Borges - siempre escuchaban a ese hombre titubeante que hablaba de Swedenborg, de Chesterton, que nos demostraba que era lo mismo que él o nosotros escribiéramos los versos, para nuestra pena era él quien los había escrito. Nos familiarizamos con laberintos y espejos y ruinas circulares, todo era posible y no había ni infinito ni dios. Y se escribía dios con minúscula para demostrar que se era librepensador.

No puedo dejar de lado la atracción que entonces sentimos por la literatura norteamericana y acaso buena parte de la visión crítica sobre Estados Unidos nos haya sido transmitida por los mismos escritores norteamericanos. Fue la serie de John dos Passos, y de Faulkner del cual el mismo Haroldo Conti fue un exponente argentino. Y también estuvo Hemingway y Erskine Caldwell y Elmer Rice y Miller

cuando sus libros eran pornográficos y se leía por interés y sobre todo por curiosidad. Por otra parte, un autor muy leído en la Argentina fue el húngaro-inglés Arthur Koestler, que nos proveyó de su crítica sobre la URSS en el "Yoga y el Comisario" y nos informó de la causa de España en "Un testamento español" y nos dio su experiencia sobre el naciente Israel y la resistencia del Irgun Zwei Leumi en "Ladrones en la noche" si no he equivocado los títulos. Kafka nos hundió en fosas de esceptismo, nadie como él nos dijo cuanto horror había en la cultura que admirábamos. Supimos de la postergación infinita, del horror de desperterarse insecto, del permiso que nunca llega porque no se sabe a quien debe pedírselo. Era el autor que mejor nos pintaba del mundo y los lectores de Lawrence, llenos de fuerza por la vida, palidecían ante la convicción de Informes que desbarataban cualquier esperanza de orden.

Fue la época del descubrimiento de los autores franceses - ahora leídos en francés - encabezados por Proust y publicados y vendidos en la calle Florida en la Librería Viau, junto con Jules Romains y los "Hombres de buena voluntad". Fue el griterío del surrealismo, fue el manifiesto de André Breton, fueron los poemas de Henri Michaux, de Paul Eluard a quien recitaba Jean-Louis Barrault en el "Teatro Odeón" a donde también se presentaba "La Comédie Française" mientras se contaban miles de anécdotas de sus actores. Ya con seriedad jurábamos por Baudelaire, por Rimbaud y aquello que a los 17 años había cambiado el curso de la literatura francesa nos impresionaba vivamente pues a los 20, a los 22, aún no habíamos hecho nada, acaso colaborar en algún diario o haber ganado algún concurso para autores noveles, todos teníamos entre ceja y ceja el famoso Premio Iniciación, que era muy importante. Entonces empezamos a admirar a los surrealistas argentinos, fue la potencia de Enrique Molina, el vigor misterioso de Olga Orozco, la voz pálida y llena de belleza de Alejandra

Pizarnik, que nos regalaba a todos sus libros, pequeños volúmenes con dedicatorias llenas de promesas. Mientras tanto habíamos empezado a trabajar como profesores, como periodistas, Perón estaba en el gobierno y todos éramos sus enemigos y él se vengaba proclamando "alpargatas sí, libros no", lo cual nos sumía en una indignación sin límites a nosotros que solo vivíamos para los libros y que poco sabíamos ni nos importaba de las alpargatas. Con el mismo fervor éramos antiperonistas y por supuesto estuvimos con los aliados durante la 2da. Guerra Mundial. Cantamos la "Marsellesa" hasta quedarnos afónicos cuando terminó la guerra y juramos que llegaríamos pronto a París, única meta intelectual de los argentinos del 45.

Borges había publicado en 1939 "El jardín de senderos que se bifurcan" y pronto vino la serie de sus "Ficciones", de sus poemas. Era del grupo "Sur", al que pertenecían los apellidos de la Argentina; otras revistas literarias de menor vida aparecían y desaparecían como los parpadeos de un gigante. "Realidad" dirigida por Francisco Romero, publicó una treintena de números y hubo muchos tales como "Ventana de Buenos Aires", "Espiga", "Oeste", en fin "Ficción", dirigida por Juan Goyanarte, novelista él también, se adquirían en la librería Verbum de Paulino Vázquez. Al margen de la vida política crecía una literatura argentina, que empezaba con "Don Segundo Sombra" de Güiraldes admirado por todos, y los cuentos de Benito Lynch, y lo que después de "La Invención de Morel" empezó a publicar Adolfo Bioy. También Silvina Ocampo había publicado "Autobiografía de Irene", en fin un excelente prosista como Alberto Mario Salas había sacado "Relación parcial de Buenos Aires", cuya segunda edición llevaba un precioso prólogo de Victoria Ocampo, la señora de todas las tormentas que poco después fue llevada presa por antiperonista, por cantar el Himno Nacional en la calle Florida, ese peronismo feroz que ponía en la cárcel a los estudiantes y liberaba a las contra-

ventoras para hacerles lugar. Ya no era una vergüenza entusiasmarse con autores argentinos, la guerra alejó a Europa y a su literatura. Ya sabíamos que éramos argentinos, no sólo por lo que contaba Mallea, sino porque ahora se hablaba del ser nacional y éramos como los europeos pero habíamos nacido en América del Sur, y éramos como los europeos pero más libres, más desprejuicados, a nadie le importaba si el apellido era alemán, francés, italiano, judío o español. Nadie tenía más de dos generaciones de argentinos, todos o casi todos hijos de inmigrantes, los padres habían llegado alrededor del fin del siglo, o poco después, a nadie se le ocurría preguntar por los orígenes, ser argentino era no tener orígenes, ese era el origen argentino. La Post Guerra y el Peronismo se llevaron a algunos incipientes escritores argentinos de las márgenes del Plata : por 50 se fue Julio Cortázar con su primer libro, aparecido con el sello de Sudamericana, lo único importante para buena parte de los intelectuales en ciernes era no ser confundido con el peronismo como había sido importante antes no ser confundido con el franquismo.

Junto con Cortázar se fueron también algunos intelectuales argentinos, pero no era tampoco muy precisa la separación, algunos escribían en Europa y eran argentinos, como los poetas Jonquières, Devoto, Wilcock que seguían trabajando en el extranjero. Ser argentino era padecer una revolución, después otra, como aquel vendedor de diarios que en USA, en frente de un hospital con muchos becarios latinoamericanos gritaba para aumentar la clientela "Revolución en su país"... y todos compraban el diario. Hubo grandes poetas líricos entonces, junto a Borges, todos juraban por Ricardo Molinari con sus bellas líneas "Si pudiera hablar contigo río alto paloma frágil. Duerme, lujo triste en tu desierto solo". Entonces era el momento de Conrado Nalé Roxlo y su Grillo, soneto a la música porque sí, poesía modernista, de expresión cuidada, en contraste acaso con la

ciudadana sencillista de Baldomero Fernández Moreno o los interminables encadenamientos de Francisco Luis Bernárdez cuando decía : "Dulce tarea es contemplarte, noche que me has acompañado sin descanso ... y luego cántame tus cantos, hasta dejarme poco a poco adormecido".

No había grupos literarios manifiestos o "cerrados", los famosos de los años 20 de Florida y Boedo habían sido reemplazados acaso por aquellos que publicaban los diarios. Estaba el grupo de la Nación de los Mitre, diario cuyo suplemento dominical marcaba la cultura argentina y donde fueron publicados casi todos los poetas e intelectuales que tenían algo que decir en el país y en el extranjero. El suplemento de la Prensa, el diario de los Gainza Paz, nucleaba también a otros escritores, aunque en ocasiones coincidían con los de la Nación. Ser publicado en la Nación era un premio, la corona de laureles en la frente del feliz poeta o prosista.

Muchas antologías vieron la luz por los años 40-50. Era una suerte ser antologado porque entonces se sabía a qué grupo se pertenecía. Los mismos creadores no eran conscientes de la corriente a la que se pertenecía. David Martínez antologó a los poetas del 40, elegíacos influidos por el lituano-francés Lubics Milocs un poeta muy difundido en el Río de la Plata. Después de José Hernández hubo pocos poetas gauchescos, era casi más natural ser un elegíaco como María Granata, Armani, César Rosales, Vicente Barbieri, Juan L. Ortiz, el fuerte Jorge Enrique Ramponi que dice : "Yo cortejo una esfinge sin latitud ni rostro... donde el tiempo es un viento que sopla sin cuadrante, donde el tiempo es un ojo de improviso recalado en un fémur". Y no puedo no mencionar a Carlos Mastronardi, autor del bello y clásico para los argentinos "Luz de domingo". O no incluir el nombre de Ramón Castilla, el salteño que por una vez fue tan importante que Buenos Aires lo elogió sin retaceos.

Leer, leer, al principio para descubrir, siempre como refugio, nunca para dejar de lado al país. Fue entonces cuando las influencias de Roberto Arlt se notaron. Confieso que no me sentí nunca demasiado atraída por su obra y un autor como Leopoldo Marechal publica "Adán Buenosayres", libro famoso, lleno de claves, donde un estilo distinto se marca, una gran tomadura de pelo a la intelectualidad argentina, ese humor que hizo decirle a Cortázar que muy poca gente se reía en el Río de la Plata cuando él empezó a escribir. Pero Borges se reía y Macedonio Fernández, como nadie.

He hablado de Silvina y Victoria Ocampo, distintas y hermanas. He hablado de Pizarnik, de Olga Orozco, porque fueron muchas y son muchas las mujeres que escriben en el Río de la Plata. No quiero hacer la lista, que es amplia, pero he de mencionar a Syria Poletti, la autora de "Gente conmigo", a María Granata que es no sólo poeta sino la creadora de "Los viernes de la eternidad", novela del llamado realismo fantástico y que acaso sea una manera como cualquiera de vivir en el Río de la Plata. No he de olvidar a Elvira Orphée, a Beatriz Guido, a Luisa Mercedes Levinson, a Marta Mercader, a María Esther de Miguel, a Martha Lynch, la autora de "La alfombra roja". No debo omitir a Luisa Valenzuela, una escritora que, entre otros libros, publicó "Cola de lagartija", una biografía del brujo López Rega. Y si hablo de mujeres escritoras, debo tipificar algo muy rioplatense pues ya me he ido de mis recuerdos personales a un ámbito más generalizado. La literatura infantil es un género muy consumido en el país, pero no se leen casi traducciones, muchos libros vienen de España aunque la moraleja sería y un idioma que llama "rebeca" al pulóver y "pasta" al dinero no puede ser demasiado comprendido por los chicos - sino que las editoriales Plus Ultra, Kapelusz, Sigmar y tantas otras publican doce-

nas de títulos anuales, generalmente escritos por mujeres, libros con los que se alimenta toda América del Sur.

Otra costumbre de la vida literaria argentina son las presentaciones de libros, desconocidas hasta 1962 y que de a poco fueron constituyéndose en acontecimientos literarios. Una presentación de libro tiene su poco de mortuario: se elogia sino al difunto, en este caso al libro. Los autores invitan a sus amigos escritores o críticos a pronunciarse: entonces el honor es devuelto con adjetivos elogiosos, allí, si uno lo compra, podrá hallar a un narrador tan precioso como Cicerón, tan agudo como Cervantes, tan sucinto como Propertio, tan lírico como Ovidio. Los laureles se estiran en las carillas leídas por los expositores que, acaso muy pronto, serán a su vez elogiados de igual manera por el que ahora presenta su libro y que será invitado a dar la cara en una oportunidad tal vez próxima.

Hay escritores con suerte y hay otros que la tienen corta: un narrador como Abelardo Castillo, que en 1985 publicó "El que tiene sed", en una carrera literaria que muestra aciertos tales como "Cuentos crueles", y "Las panteras y el templo" y que fundó y dirigió la revista "El escarabajo" y que como nadie, ha aludido a la alucinada parábola de la dignidad humana, - que exige lo que no existe - no ha merecido aún ni premios ni casi reediciones e ignora si fue traducido. Y habló de un escritor grande. Como fue un escritor importante Haroldo Conti, el primero o de los pocos que tomó el Tigre, el Delta del Río de la Plata como escenario de "Sudeste", que hizo cuentos de calidad como "Todos los veranos", que publicó "Alrededor de la jaula". Conti fue sacado en 1977 una noche de su casa y nunca más se supo de él. Porque también se padeció, claro está, la dictadura y la persecución en los años 73-82, época en la que cada uno guardaba los tomos que desearía publicar en algún cajón de su escritorio porque la vida y la muerte se tocaban los codos en esa época y Haroldo Conti fue una de

sus víctimas, como lo fue también Rodolfo Walsh, excelente cuentista. El mismo Antonio Dibenedetto se preguntó durante más de dos años, en la cárcel, por qué lo habían hecho prisionero, él que escribió el magnífico "Zama", dedicado a "Las víctimas de la espera".

Mientras tanto, hay que decirlo, no teníamos el apoyo de la crítica para elucidar nuestra condición de escritor. Las corrientes de la crítica son múltiples, como se sabe, desde la biográfica a la estructuralista pasando por tantas otras. Pero acaso la crítica - y ya lo he dicho a propósito de las presentaciones de libros - la crítica más conocida y acaso la que alcanza mayor difusión es la crítica "paqueta", término creado por Landrú, seudónimo del humorista Juan Carlos Colombres. Hay críticos "paquetes" que centran sus estudios en autores "paquetes", los que suelen muchas veces tener calidad y talento, que son casi siempre editados por sellos paquetes. Pues finalmente es un círculo vicioso : una editorial "paqueta" saca autores "paquetes" y viceversa.

Excelentes escritores son, además, paquetes. El más paquete y sin duda a su pesar, fue Jorge Luis Borges, la lista se enriquece con cualquier Ocampo con Mujica Lainez y con los que pertenecieron al grupo Sur, aunque sea corto. Un escritor paquete tiene asegurada su crítica.

Cortázar que publicó en "Sur" y en "La Nación", en sus comienzos, no fue nunca un escritor paquete ni gozó de los favores de la crítica paqueta. El tuvo otra gloria, la auténtica diría yo, despertó la pasión, la discusión, no podía creerse que el Cortázar europeo era aquel muchacho altísimo, flaco, un adolescente desgarbado que algunos decían haber conocido en la Argentina. Sus ediciones empezaron a agotarse después que la profesora Ana María Barrenechea incluyó su "Bestiario" como lectura obligatoria en 1956, en el Primer Año de la Facultad de Filosofía y Le-

tras. Era él, bien él; él nos dió cuentos magníficos, una novela incomensurable con Rayuela, claro que esto, años después, ya habíamos crecido y las nuevas generaciones lo leían como el pan, hay que decirlo. A pesar de no ser "paquete".

Hablé de las presentaciones de libros, quiero mencionar también como una costumbre literaria, las mesas redondas que empezaron exactamente en 1958, con un ciclo que presenté junto con otros escritores en el teatro Los Independientes. La mesa redonda pocas veces es una forma de discutir, generalmente cada uno va con su ponencia anotada, la lee o la dice y luego es el siguiente escritor el que lee o dice la suya. Como que discutir en público no es sencillo, como que se ha perdido el hábito. Cada día, en Buenos Aires y supongo que en todas las provincias, hay presentaciones de libros, mesas redondas, en fin, formas de estar juntos en un oficio que es casi el más antiguo del mundo. Entonces vienen las variaciones : una presentación se hace en un teatro, en un sótano, a ver quién es más original, junto a un actor o actriz, en un grupo de cualquier cosa, lo que también puede dar lugar a una mesa redonda, todos o cada uno por su cuenta elogiando a alguien. Y hay otra costumbre literaria que no puede omitirse en esta reseña argentina : la del taller literario. Me considero culpable de esas escuelas de aprendizaje, a veces buenas, otras discutibles, pero que sirven para que la gente se nucleee pues las revistas literarias son casi inexistentes. Un taller literario es ya una costumbre argentina, casi como ir al psicoanalista, cada profesor con métodos diversos - generalmente son escritores conocidos los que imparten las clases - incita a sus alumnos a reflexionar sobre la escritura. Y de alguna manera todo esto es un caldo de cultivo para futuros escritores, se pierde el miedo a la hoja en blanco, al tema que se da o no, en fin, son clubes literarios donde lo que importa es leer en grupo o en pri-

vado, escribir en grupo o en privado, publicar - suelen coleccionarse los escritos de los alumnos en antologías de calidad diversa - en fin, ya se han hecho estudios sobre estos talleres literarios, núcleos formativos de escritores, a menos que se crea todo lo contrario. Porque también están los enemigos de los talleres, los que opinan que sólo se va a perder el tiempo, pero ¿quién alguna vez dará la real forma de ganar o perder el tiempo, una distinción tan sutil de hacer ?

No he mencionado más que a algunos escritores de este país complejo. No he mencionado que hay distintos temas que aún no han salido, ciudades del interior que jamás han aparecido, maneras del habla que no han sido recogidas, fiestas populares de las que no se habló. Incluso, por la importancia que significó, no se ha escrito casi nada o nada sobre los desaparecidos ni sobre las Malvinas y su guerra. El mismo peronismo, y sus etapas, ha quedado sin ser clarificado por novelistas, acaso sí se escribió sobre todo esto, pero los editores aún no dan la luz verde para la publicación, no sé.

Y si he comenzado diciendo que es tan difícil definir el ser argentino, quisiera analizar con ustedes uno de los últimos números del diario "La Nación, el que da el espaldarazo a una carrera de escritor. Tengo ante mi el número correspondiente al 15 de febrero de 1988. De las seis páginas que lo configuran, la primera dedica un artículo enorme, con fotos por supuesto, a Buñuel, Lorca y Dalí "tres excéntricos centrales" como los llama el mejicano Carlos Fuentes, que desde Londres firma el artículo.. La segunda mitad de la hoja está ocupada por un artículo enviado desde Milán por Umberto Eco : "Filosofía en fascículos". Escoltando el trabajo de Eco dos poemas, uno de Alberto Girri y otra de María Granata, cierran el contenido de la página 1. La página 2 está ocupada por un artículo de William Kennedy, extraído del New York Times y firmado

en New York. Una gran fotografía de Shelley ilustra la nota de William Kennedy, Premio Pulitzer. La página dedica a Borges una gran foto junto a María Kodama y forma parte de un comentario de Nicolás Cócara - este sí firmado en Buenos Aires - sobre un catálogo editado por la Biblioteca Nacional de Madrid con motivo de la exposición Borges en Madrid, en 1986. Completa la página una instantánea de María Esther Vázquez, con un comentario sobre una carta recibida de Angélica Gorodischer, quien se queja del trabajo que significa ser jurado y de lo difícil que resulta la mayoría de las veces la tarea, pese a las satisfacciones que también puede deparar. En la página 3 hay tres artículos, dedicados dos de ellos a libros extranjeros, ambos italianos. La sección "Letras en el mundo" informa - como si hasta ahora no se lo hubiera hecho - lo que ocurre en varias ciudades extranjeras, vinculado todo con lo literario. La página 4 trae seis reseñas, una dedicada a Norman Mailer y otra con el recuerdo de la obra de Alicia Penalba, la escultora argentina muerta en París y que realizó en París casi toda su obra. Otra está dedicada a Juan José Saer, también escritor argentino residente en París desde hace años y que es mal tratado por el crítico. La página 5 tiene 5 reseñas, de las cuales dos son sobre una obra de Virginia Woolf y otra sobre las memorias de Ilia Ehrenburg. La última página incluye un cuento de Marco Denevi y, como cierre de página, un artículo sobre Niko Kazantzakis perteneciente a Noemi Vergara de Bietti... Y si yo señalaba que hace cuarenta años lo importante era leer y nadie sabía lo que significaba ser argentino, que argentino era eso, ser de todas partes y leer a todos, no creo que a pesar de casi un medio siglo transcurrido, la situación haya cambiado mucho. Ser argentino es la amplitud de todas las latitudes y saber que se tiene poco que ver con la identidad de los otros países de América Latina, aunque en Europa se tienda a englobar en un solo concepto "latinoamericano" a todas las naciones de América. Puede ser que desde Europa sea

así, pero desde la Argentina es otra cosa. Pruebas al canto.

Y un ejemplo de este universalismo es el héroe de este jornada de hoy, nuestro Borges. Quizás pocos escritores sintieron la Argentina como él y pocos la reflejaron en su obra, como él, aunque se empapó de Swedenborg, Kipling, Heraclito, Chesterton, Keats, Thomas de Quincey, Coleridge, Kafka, Bernard Shaw, Hawthorne, Oscar Wilde y tantos otros ilustres nombres literarios. Pero nadie como él habló del Pardo Rivarola y de Moritán, vecinos de Morón y de gauchos, matreros y partidas. Acaso después de lo que venga en esta jornada sabremos lo que es ser argentino, como lo supo Borges.

Inés MALINOW

Saúl YURKIEVICH.

JORGE LUIS BORGES : LA FICCION LABERINTICA